
Primer Premio Letras – Premios Fundación Cari Filii 2013.

D. Jesús Martínez González

MARÍA, ESTRELLA DE LA ESPERANZA

A mí, María de Cleofás, parienta de la madre del Señor, me parece que hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios. Desde luego, cuesta vivir en la fe y el amor; Pero, ¿cómo mantener la esperanza si asistes impotente al desmoronamiento de tu pueblo? El Tentador no cesa en mortificarme: "es inútil tu esperanza; todo está perdido para los judíos".

El levantamiento contra los romanos, Vespasiano primero y luego Tito lo aplastaron a sangre y fuego. Una a una cayeron todas las fortalezas; la última, Masada. A un buen judío no puede dársele a beber trago más amargo que la destrucción del Templo, y eso hubo de beber hasta las heces. Ningún asedio a Jerusalén ha sido tan terrible como el de hace unos años. Por miles y miles se contaron los muertos a espada o en cruz, los desterrados, los utilizados como divertimento en las fiestas y juegos de gladiadores... Fue verdaderamente horroroso.

Es cierto que ahora el rey Agripa II se muestra benévolo con los cristianos. Por ese lado, una encuentra algo de alivio. Y al ser madre de Simeón, que ha sucedido a Santiago como obispo de Jerusalén, me alegro que, de momento, no se cierna sobre la vida de mi hijo el peligro de muerte. Pero la altanería y provocación constante de los romanos, unido al odio profundo contra el Imperio, están creando un nuevo estallido de violencia que dará la excusa a Roma para aplastar a Israel como tal. Lo presiento como si lo viera. Crece una fiebre loca de esperanza en un Mesías Salvador, de la que nada bueno puede venirnos.

El caso es que Jesús ha resucitado, es el Viviente y su Reino tiene sus puertas abiertas para todos los que temen a Dios. Pero mis paisanos no aceptan su mensaje de conversión, y así no hay esperanza que valga. Como no hay esperanza cuando uno lo fía todo a sus propias fuerzas; y si no que se lo pregunten al bueno de Pedro, que tanto fanfarroneaba de que él no negaría nunca al Señor. Y no digo nada de Judas Iscariote, que desesperó fuese Jesús capaz de dar libertad a Israel. ¿No acabará mi pueblo como ese discípulo traidor?

Así las cosas, me acuerdo constantemente de la madre del Señor, mi parienta María. Humilde, puso su confianza en Dios. Y éste, como bien dice la Escritura, no defrauda nunca. No olvido que allá en

el Gólgota, junto a María Magdalena, María Salomé y yo misma, permanecía de pie con una entereza que no deja de estimularme día a día.

¡Dios mío, que era el unigénito del Padre, el Mesías Rey, el hijo que llevó nueve meses en sus entrañas, amamantó a sus pechos y crió de niño, muchacho y joven! Se lo estaban matando de la forma más cruel y humillante, cuando sólo tenía 33 años, cuando el pueblo reconoció que todo lo había hecho bien. Esto no hay quien lo entienda, yo al menos. Tampoco entendí que Jesús, antes de morir, la encomendara a Juan y le dijera: “ahí tienes a tu hijo”. María debió retrotraerse al día en que el ángel Gabriel le anunció que había sido la “Elegida” para madre del Mesías, y ella se puso enteramente a disposición de Yavé: “que se cumpla en mí su voluntad”, fue su respuesta y actitud. Respuesta y actitud a la que fue fiel durante toda su vida. Y así, en el llamado “Monte de la Calavera”, ella abrió sus entrañas a una nueva sementera: la de los nuevos hijos de Dios. Y sólo con la esperanza de que para Dios todo es posible, se puede afrontar la gestación, parto y crianza de tales hijos.

Aquel viernes 14 de nisán fue terrible; pero más duro aún fue el sábado siguiente, me parece a mí. Para ese “resto de Israel” que aguardaba la liberación de Yavé, la esperanza estaba muerta. Y enterrada. Tanto, que ni la noticia de la resurrección de Jesús hizo mella en mi marido. Con otro amigo emprendió el domingo el camino hacia Emaús, ya que el testimonio de unas mujeres no significaba nada para ellos.

Evoco ahora estos recuerdos, porque como aquella noche no hemos pasado otra. ¡Y mira que hemos tenido noches muy oscuras! Desde la muerte de Esteban, que desató la primera persecución contra nosotros, hasta la locura de Nerón acusándonos del incendio de Roma, hemos sufrido toda suerte de tribulaciones. No obstante, con ellas han alternado siempre las consolaciones, y aquí seguimos: firmes en la fe.

Yo, María de Cleofás, puedo dar y doy testimonio de que, efectivamente, así es. Por más que no vea luz con respecto a esa Alianza que desde el Sinaí nos vincula para siempre a Yavé.

Pueblo de dura cerviz como somos, resistimos a la gracia de Dios y al Espíritu Santo. Ya lo dijo el profeta Isaías en el primer capítulo de su libro: “el buey conoce a su dueño, y el burro, el pesebre de su señor; pero Israel no me conoce, mi pueblo no comprende”. Lo hemos visto cumplido al pie de la letra en vida de Jesús, y lo mismo ahora que vive en nuestras comunidades de creyentes. Sólo al final de los tiempos, como han anunciado los profetas y recientemente ese gran apóstol que es Pablo, será cuando Israel, por fin, reconozca a su Señor.

Muy anciana como soy, ¿qué me mantiene en vela constante, no me vaya a coger desprevenida la vuelta triunfante del Señor? La esperanza. Las mujeres sabemos muy bien cómo es una vida que se forma poco a poco en nuestro vientre. Nada se ve al exterior, porque todo ocurre dentro. Llegado el tiempo, nace la vida y ésta va abriendo caminos. Y nosotras nos sentimos felices de haber cumplido con nuestra misión, la misión asignada por el Eterno allá por los albores de la creación.

¿De qué voy a quejarme yo, cuando he tenido el privilegio de vivir tan cerca de la madre del Señor? Ella entregó la vida entera a un **SÍ** a la voluntad de Dios, sin dejar un mínimo resquicio a la duda.

Lo fió todo a su Palabra. Por eso ahora cantando está, y por toda la eternidad, ese *Magnificat* que siempre me impresionó oírsele. Glorificaba y glorifica a Dios por las maravillas que obró en ella, y las que no cesa de obrar en su pueblo pues es siempre fiel a su misericordia según prometió a nuestro padre Abraham y sus descendientes. Ahora que Cristo sabemos nos ha hecho partícipes de su Vida

eterna, sus fieles vivimos la esperanza en que su salvación ya no tiene marcha atrás, se encamina a paso de vencedores hacia la victoria definitiva.

A nosotros sólo nos corresponde aportar el agua que él convertirá en vino, poner sobre la mesa nuestros dos peces y cinco panes que él multiplicará para saciar el hambre de una multitud, obedecer a su voz: “ve y haz tú lo mismo...; rema mar adentro y echa la red...”

¡Mi tocaya María! Su corazón traspasado por esa espada que le profetizó el viejo Simeón, es para mí una luz en este camino a seguir de confianza inquebrantable. Y me da fuerza para esperar contra toda esperanza, pues soy bien consciente de que se está fraguando nuestro aplastamiento definitivo. Aunque carezco de instrucción, he oído que el nombre de María significa, entre otras cosas, “señora bella que nos guía”. Bajo esa luz transcurre en sosegada tensión y paz este tramo final de mis días, convencida de que es la “Estrella” que nos señala el Norte: Cristo. Así lo ha dispuesto Yavé —¡bendito sea su Nombre!—, pues en este mundo vivimos en la noche. ¿O no lo ha dicho bien claro Isaías: “Tú eres el Dios escondido”?

Y gozosa estoy. Salta a la vista tras el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús, que las grandes acciones del Señor suceden en el secreto. La mujer, por nuestra naturaleza o condición, lo capta mejor que el hombre. A éste se le van los ojos más que a ella tras la aparatosidad, y por eso su vida se queda en exterioridad o apariencia, en pura vanidad. Le pierden sus ensoñaciones. La mujer, en cambio, sabe que de su generosa entrega en la oscuridad brota la vida, y que en su tejer afanoso —por pobre que sea su vivienda—, se va confeccionando el entramado de la convivencia humana.

Por todo ello vivo agradecida a Yavé. ¡Yavé..! , misterioso nombre que yo traduzco como “el que está presente y haciendo siempre”. Se nos ha hecho evidente con la venida del Emmanuel.

Resucitado, la clave de todo ahora es percatarnos de los **signos** de su presencia y acción; hacer la experiencia de sentirlo vivo en nosotros, que a cada uno personalmente da a vivir su misma Vida. Y, ¿quién contra Él? El triunfo del odio o de cualquier ídolo es engañoso. Los cristianos sabemos —porque lo hemos experimentado—, que la última palabra la tiene el amor.

Seguimos de esta forma los pasos de mi parienta y madre del Salvador, cuyo transitar por esta tierra hasta el último día sólo tuvo un móvil: **AMAR**.

Cercana a ella hasta el final, yo diría que se consumió de amor, de no decir otra cosa que sí al plan de Dios para ella. Sin preguntar nunca el porqué, sin exigirle la complacencia en vanagloria alguna.

Por eso yo miro siempre a esa “Estrella” (“estrella de la mar”, he ahí otro significado del nombre de María), y la navegación, por muy tormentosa que sea, no me arredra.

Los mayores contratiempos no invalidan nunca los brazos amorosos del Padre, que son su infinita misericordia y su puntual providencia.

María de Cleofás sólo tiene que dejarse llevar por ese suave soplo-fuerte viento del Espíritu Santo que habita en nosotros. Fue la gran promesa de Jesús: que nos lo enviaría desde el Padre. ¡Y lo hemos visto y sentido tantas veces desde aquel día de Pentecostés en que, con María, supimos que ya nada sería igual, que el Reino de Dios se impondría al mal! El bueno de Lucas, médico y evangelista, ha narrado su protagonismo en un libro que han dado en llamar “Los Hechos de los Apóstoles”.

En realidad, sólo refiere algunos. Puesto a escribir de todos, no habría espacio en el mundo para tantos libros. Pero ¡mucho ojo! : lo más importante transcurre corazón adentro, en la intimidad de la propia conciencia, donde sólo a Yavé le es permitido entrar para dar luego a cada uno conforme a su justicia. De ahí que no es una insurrección lo que necesitamos, sino una resurrección. Dejar hacer a esa

fuerza transformadora que ya ha hecho acto de presencia entre nosotros con la resurrección de Jesús. Y que ni el poder del mundo ni el de Satanás podrá de ninguna manera detener.

Lo he visto esto tan claro en los ojos de mi parienta, la bendita madre del Señor, que me atrevo a afirmar que nada ni nadie será capaz de robar mi esperanza. ¿Que nosotros aquí en Judea, Galilea y Samaria morimos? ¡Ahí están vivas y florecientes las comunidades cristianas por el mundo entero! Eso sí: por la gracia de Dios y el Espíritu Santo. ¿Qué a mi hijo Simeón lo lapidan igual que a Santiago, o tal vez le den una muerte más infame? Bien segura estoy que recuperaré a mi hijo para la Vida verdadera, igual que María tuvo y tiene la dicha de gozar del Resucitado.

Y con Moisés afirmo que nuestro Dios es compasivo, y no nos dejará ni destruirá. Y con Isaías desbordo de gozo con mi Dios, porque ya no llamarán a mi tierra “devastada”, sino que la llamarán “desposada”. Y con Habacuc proclamo que “aunque la higuera no echa yemas ni los campos dan cosechas; aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré y me gloriaré en Dios mi salvador”.

Y con los ángeles y los bienaventurados participaré en ese canto coral que no se cansará nunca de exclamar con melodías celestiales: “¡Gloria y alabanza a Yavé por los siglos de los siglos!” Y así, con María, “Estrella de la Esperanza”, yo, María de Cleofás, cantaré por toda la eternidad mi propio *Magnificat*.